

**Nayla Chehade y Clara Eugenia Ronderos**  
**Escritoras invitadas al XVIII Congreso de Colombianistas**  
**Weston, Massachusetts**  
**Julio de 2013**

**Nayla Chehade**

De origen libanés, nació en Cali, Colombia. Ha vivido también en la República Dominicana y en Puerto Rico. Recibió una Licenciatura en Letras en la Universidad del Valle de Cali y llevó a cabo estudios de maestría en el Departamento de Estudios Hispánicos de la Universidad de Río Piedras en Puerto Rico. Obtuvo la maestría y el doctorado en Literatura Latinoamericana Contemporánea en la Universidad de Wisconsin-Madison. Escribe ficción y crítica literaria y ha publicado numerosos cuentos y artículos sobre autores colombianos y latinoamericanos en antologías de ensayos, revistas especializadas y periódicos. Su libro de cuentos *A puerta cerrada*, que la editorial Torremozas publicó por primera vez en su totalidad en marzo de 2012, fue seleccionado en Bogotá como primer finalista del concurso Premio Nacional de Cuento, auspiciado por el Ministerio Colombiano de Cultura en 1997. La mayoría de estos relatos también han sido publicados en diversas antologías en español y en su traducción al inglés, entre ellas, *Cuentos colombianos del siglo XXI* (Indigo & Coté-Femmes, París, 2005); *Cuentos Cincuenta* (Universidad del Valle-Cali, 2003); *Letras Femeninas* (Asociación de Literatura Femenina Hispánica, 2002); *Veinte asedios al amor y a la muerte* (Ministerio de Cultura de Colombia, 1998) y *Cruel Fictions, Cruel realities: Short Stories by Latin American Women Writers* (Latin American Literary Review Press, 1997). Actualmente es catedrática en el Departamento de Lenguas y Literaturas de la Universidad de Wisconsin-Whitewater y tiene una novela en curso, *Ardiente es el paraíso*. La revista GRANTA en español, en su edición de abril de 2012: *Colombia. Sus armas ocultas*, publicó un fragmento de esta novela. En abril de 2013 Nayla Chehade resultó ganadora, entre 238 participantes de distintos países, del “XXV Premio Ana María Matute de Narrativa de

Mujeres” convocado por Ediciones Torremozas de Madrid, con el cuento “El nombre de las cosas.”

## LA VIGILIA

*Para Diógenes Noboa Guerrero*

Quizás si ella hubiera sido más dócil y agradecida -se oyó decir después a las monjas- se habría evitado muchos de los castigos que soportar y seguramente el infortunio de una muerte tan prematura. Largas tardes de domingo, mientras nosotras nos mordíamos las uñas escuchando las voces oscurecidas que brotaban de la cajita de radio y esperando ansiosamente el vaivén de Olga con su bandeja de refrescos rojos y sus tímidos mantecados, las manos de Serena, que tan hábilmente sabían arreglar las ondulaciones negras de su cabello, descubrían nuevos brillos al verde aceitoso de las paredes, cambiaban por frescas las flores tristes de la capilla o se pinchaban en el ir y venir de la aguja en su forzado recorrido de remiendos y dobladillos. Ahora pienso que ella no fue hermosa, al menos no tanto como creíamos entonces, cuando cada uno de sus gestos guardaba para nosotras el poderoso anhelo de lo inalcanzable. Me atrevo a afirmar, sin embargo, que si su camino hacia la desgracia comenzó con aquellas visitas nocturnas, en ese breve lapso de tiempo, en esas apresuradas horas de sus encuentros clandestinos, alcanzó a vivir más de lo que nosotras probablemente viviríamos a lo largo de muchos años.

Es verdad que nunca quiso que fuéramos como ella, ni pretendió que la imitáramos. Simplemente nos contaba sus cosas cuando quería, por el placer y la necesidad de ser escuchada, porque le gustaba hablar, gratificarse con las inflexiones de su voz y dejarse llevar por esa predisposición a la intimidad que nacía de compartir el cuarto de internado, una habitación larga, con cuatro ventanas de madera y vidrio que miraban al color de los tamarindos y los árboles de mango del patio trasero. Dormíamos solas las cinco internas, dos de sueño fácil y profundo, eran menores que nosotras y nunca se interesaron en los relatos de Serena y quizás

jamás estuvieron despiertas cuando se detenía la noche y ella acudía al llamado de Delfín, radiante, sin miedo, sin ningún sobresalto ajeno a su emoción, sin ningún asomo de duda que pudiera socavar su ímpetu. Incluso muchos días de confesión en que Isaura y yo nos incendiábamos sin clemencia en la hoguera de la culpa y acudimos temblorosas al oído voraz del padre Efraín, Serena hacía caso omiso a las miradas inquisidoras de la hermana Eufrosia y permanecía sentada en la esquina del banco, las manos tranquilas sobre la falda y el gesto transparente.

Cada atardecer después del rezo de las seis, ella tenía la obligación de apagar las luces de la capilla y cerrar con candado la puerta del frente. La de atrás, la de la sacristía, que daba a la calle a través de un callejón atribulado de limoneros y rosales blancos, la cerraba el padre Efraín en las tardes cuando se marchaba. Era muy fácil para Serena tomar la llave que la hermana Asunción mantenía colgada al lado de la imagen de San Francisco pastoreando las ovejas y dejar el paso libre a Delfín, sin más complicidad que la vehemencia de su deseo y la sonrisa con que la aguardábamos en el comedor. Bajaba apacible y hablaba con la misma naturalidad de siempre de su examen de historia o del fin de semana lejano en que su abuela la había llevado a ver a su padre. Jamás vimos en sus gestos un signo de ausencia o lejanía, ni advertimos en sus manos algún temblor que anunciara la proximidad de su vigilia.

Hasta las nueve, que era la hora establecida, no podíamos retirarnos a dormir. Al terminar la cena, muchas veces se nos empozó la vida entre sobras de comida y grasa quemada, mientras ayudábamos a Olga y a la hermana Baudelina a dejar en orden la cocina. Después debíamos arreglar nuestro uniforme azul y blanco para la mañana siguiente y echar agua a las plantas para conjugar la resolana del día. Grandes y verdes, los tiestos repletos de jazmines y enredaderas del patio interior, crecían altaneros hacia la luz y nos golpeaba en la cara la humedad atterrada que despedían cuando les caía el agua. Serena parecía disfrutar esta tarea que las demás detestábamos, intimidadas por la ausencia de voces y el martillar de los grillos, sobrecogidas por la luces tenues, los brazos de piedra del Cristo Redentor, los salones vacíos y los pasillos infinitos, tan remotas y distantes de todo que nos asustaba la vida. Jamás nos pidió que la esperáramos cuando al terminar

subíamos despavoridas hasta el descanso del segundo piso. Desde allí veíamos cómo ella apagaba las pocas luces restantes y encendía la lamparita de la entrada principal, al lado del retrato del Generalísimo. Después subía las escaleras de dos en dos, tarareando casi siempre una canción de moda, ajena al poder de los ojos que la seguían escalera arriba, intocada por la altivez del bicornio y la espesura de las cejas, completamente a salvo de su amparo y de su bondad.

Mulato mulato casi negro, Delfín Flores, mulato de la capital, patio trasero y cocina de carbón, letrina común y cortinas en vez de puertas, palo de guayaba en lugar de bate, madeja de hilo que se vuelve pelota, asombro de los ojos que miran la caravana, brillo de los carros que arrancan adioses, bendiciones de todos que ondean al sol. Mulato mulato casi negro, nalgas redondas y duras, pelo a rape dos centímetros arriba de la oreja y uniforme de caqui. Mulato mulato casi negro, Delfín Flores, para servir al Jefe y a Dios en cualquier rincón de la patria, escolta de procesiones y perseguidor de subversivos, no hay más norte que el Benefactor ni más amor que el de Serena. Soldado raso, Delfín Flores, agonía perpetua en las noches de guardia, imagen de San Francisco que lo mira entrar, humedad de mar que no se le despegas, brazos de Serena que lo palpan todo, respiración de Serena que lo ensancha adentro, pezones de Serena que florecen en su boca, ramillete de Serena que se deshace en sus labios.

Las noches que Delfín venía eran interminables para Isaura y para mí. Debajo del mosquitero, dibujados por la penumbra, adivinábamos los brazos de Serena extendidos sobre la almohada y el trazo de su cuerpo envuelto en la bata de algodón blanco. Cuando las aspas de madera del ventilador empujaban hacia nosotros el susurro de su voz, sus palabras largamente saboreadas, invariablemente sucedía lo que tanto temíamos y lentamente sucumbíamos al miedo de imaginar lo inimaginable, de sentir lo imposible. Pulverizados por unos minutos, en el fondo de un precipicio, quedaban los gritos de advertencia de la hermana Eufrosia en la clase de religión y el rugido feroz del deseo, del que tanto nos prevenía el padre Efraín, terminaba por devorarnos enteras. A la hora convenida, Serena levantaba el

mosquitero, tomaba la sábana que tenía doblada a su lado y se despedía de nosotras, haciéndonos con la mano un gesto festivo de adiós. Isaura y yo quedábamos inmóviles, desoladas, viendo como desaparecía flotando, incapaces casi de respirar o de decir nada, de pronto a merced de nosotras mismas y del calor, del aire viciado del ventilador y del reposo tranquilo de nuestras compañeras.

Nunca supimos en que momento regresaba a su cama, porque el sueño finalmente terminaba por vencernos. Cuando el timbre nos despertaba, ya la luz había inundado la habitación y en el espejo del peinador, el crucifijo de bronce ardía como siempre y Serena se estiraba sin prisa. A esa hora todo parecía tan simple y cotidiano que podía haber sido un sueño lo ocurrido la noche anterior. No había otra certidumbre fuera del calor y de las urgencias de un día de internado como todos, coronado de rezos por la salud del Benefactor y afligido por actos de fe y de contrición en el trasfondo nebuloso de las clases. Jamás nos atrevimos a insinuar nada. Ni ella parecía interesada en aludir a su encuentro secreto en esos momentos. Aquellas mañanas Isaura y yo auscultábamos todos sus movimientos y la mirábamos absortas alisar con las palmas de la mano los pliegues del uniforme azul ya puesto o dar los últimos retoques al tendido de su cama para buscar en la sonrisa mulata de sus labios carnosos las huellas de su amor trasnochado, los rastros ocultos de su pasión, pero sólo veíamos asomar unos dientes grandes y blancos, que exhibía constantemente y sin inhibición.

Mulata clara, casi blanca, Serena Aguiar, risa de fiesta y dieciséis años recién cumplidos. Mulata clara casi blanca, pelo de esponja ennegrecida, senos de verde limón. Mulata lavada casi blanca, casa de madera azul y roja, piso de cemento y polvo, rezos de abuela en la otra cama. Serena del Carmen, chiquitalinda, diez centavos de salsa de tomate para preparar el almuerzo, Reyes Magos que se extravían y tristeza del río que se lleva los barcos. Mulata clara, clara, Serena Aguiar, inocente concebida en *El Inocente*, a la fuerza reconocida, reconocimiento de coronel, concesión de coronel, trece años que revientan y colegio de monjas pagado en la otra costa, Serena, no hay más norte que volar del internado, ni más amor que el de Delfín. Serena del Carmen Aguiar, mulata clara casi blanca, penumbra de los

pasillos que le enturbia el rostro, calidez de la noche que ahonda la respiración, genuflexión a la carrera y lamparita de altar que alumbra el paso, Serena, serenísima, puerta de cristal que abre sin llave y azotea gris de suelo tibio. Serena del Carmen Aguiar, abrazo de Delfín que la disuelve entera, respiración de Delfín que la humedece toda, lengua de Delfín que la empapa completa. Serena del Carmen, mulata clara, temblor de muerte que la revive aprisa, corazón de Delfín que le nada entre los senos, mar y cielo que son uno solo.

Las monjas habían estado intranquilas ese atardecer de domingo que empujamos la puerta del baño y vimos a Serena tendida en el piso, anegada en su propia sangre. La hermana Concepción tuvo que repetir dos veces el letrero de MADRE Y MODELO adornado con escarcha que pensaba colocar a la entrada del salón de actos y la hermana Eufrosia no parecía satisfecha con ninguna de las túnicas de satín que sacaba de las cajas para las representaciones que se avecinaban en honor a la Virgen en su mes. Pero no fue la muerte de Serena lo que impidió aquellas celebraciones. El mismo lunes de su entierro, la capital era un hormiguero hirviente por las noticias de una invasión aérea destinada a derrocar al gobierno y las clases fueron suspendidas. Ninguna de nosotras entendía entonces cómo era posible odiar al hombre que nos lo había dado todo. Mucho tiempo después, cuando la historia de los insurrectos empezó a ser cantada clandestinamente en el arrebatado de rumbas y merengues, cuando aprendí a hacer preguntas, el recuerdo de Serena seguía cosido a jirones de aquellos días. Y repetidas veces llegué a pensar si ella podría ser aún para Isaura la misma sombra tibia que yo había tratado en vano de espantar a lo largo de los años y si Delfín, al que sólo vimos tristemente sonreído, fusil en mano, delante del telón de palmeras de una fotografía, habría sobrevivido al terror de esa época y tendría aliento en la memoria para evocar aquel tiempo.

Cuando Serena regresó la tarde de mayo en que la encontramos muerta, nadie pudo presagiar la desgracia en el vacío de sus ojos. Nadie adivinó los gritos de auxilio en la presión de la bolsa de papel con su ropa contra su estómago, ni fuimos capaces de advertir el humor ácido y caliente de la sangre en el brillo de sudor que le bañaba el rostro. No vimos a su abuela en la sala de recibo como otras veces y

escasamente nos saludó cuando nos acercamos a recibirla. Alegó síntomas de resfrío y pidió permiso para no bajar al comedor. Después subió a la habitación, una a una las escaleras, el paso apretado y la mano derecha ciñendo la baranda. Pocas horas después del instante en que los ojos nos dolieron al verla inmóvil besar de costado el piso del baño y entibiar con su pelo el frío de las baldosas, Serena salió a la calle en una camilla del hospital militar, completamente cubierta a la mirada de los vivos, en dirección hacia la capital.

Al día siguiente, el calor nos despertó y toda la habitación olía a desinfectante. La claridad inverosímil de la mañana destejó el marasmo del somnífero e Isaura y yo nos miramos con horror en el espejo de la verdad. Cuando la hermana Eufrosia entró, revestida de la misma dignidad oscura con que se dirigía a nosotras en las clases de religión, se sentó en la misma cama que tantas noches habíamos vigilado con ansiedad y nos explicó la muerte de Serena como el resultado de una hemorragia mal atendida, agravada por un historial de coagulación deficiente y problemas circulatorios. Nos dijo que nuestras familias habían pedido que no se nos dejara salir y que la hermana Concepción y la hermana Caridad estaban acompañando a la abuela en el velorio. No hubo interrogatorios profundos ni sondeos exhaustivos, apenas si habíamos oído a Serena mencionar el nombre de un tal Delfín, o si últimamente habíamos notado algo extraño en su comportamiento. Sus ojos fueron vagos y su gesto errático y quizás sólo Isaura y yo pudimos percibir la recriminación velada que anidaba en cada una de sus palabras de consuelo. Y seguramente también ella se desprendió sin esfuerzo de la viscosidad de las zetas y del silbido mojado de las ces de aquella franciscana ausente, para seguir pensando, igual que yo, dónde estaba Serena en esos momentos en que la abuela debía hallarse abrazada a su cuerpo, dónde estuvo la noche anterior, mientras viajaba dos horas de camino salado, velada la cara a la brisa del mar, cerrados los ojos al temblor plateado de los cocotales y los uveros, dónde estaba su alma y su amor por Delfín. Pero no dejamos translucir nada, fuera de unas lágrimas calientes de dolor y espanto. Y tampoco contestamos nada cuando ella acarició los nudos del cordón de su hábito y nos dijo con un suspiro que no había sido posible localizar a la madre de Serena en Nueva York, porque yo continuaba pensando y quizás Isaura también, qué

iba a pasar con las promesas de matrimonio de Delfín, con la casa que iban a comprar en la capital cuando él fuera capitán y con los hijos que iban a tener y ni siquiera quisimos decirle cuánto soñaba Serena con ver a su padre, cuando la hermana Eufrosia nos dijo que él pagaría los gastos del funeral y las flores, pero que tampoco estaría presente porque se hallaba al mando de la misión encargada de capturar a los rebeldes. No preguntó nada más, ni siquiera qué íbamos a hacer de ahí en adelante con el temblor de adentro que nos paralizaba la voz o cómo íbamos a soportar el incendio de los vitrales de la capilla en nuestros ojos a las doce del día, cuando el padre Efraín estuviera oficiando la misa en su nombre. Después, ella nos habló del poder de la oración, mientras nos quemaba la cara con el aliento de su abrazo. Nos pidió plegarias continuas por el descanso del alma de Serena y nos suplicó mucha discreción, para evitar comentarios dañinos. Antes de salir de la habitación, anunció por último que el colegio no ofrecería más el servicio de internado el año siguiente y cuando lo dijo, Isaura y yo renovamos con la mirada nuestros votos secretos de amistad eterna, sin sospechar que aunque tal vez habríamos de arrastrar de muchas formas la resaca de aquella Era, ya la vida nos tenía trazadas rutas muy diferentes y jamás volveríamos a vernos.

Mulata clara casi blanca, Serena del Carmen Aguiar, terror que le anochece el gesto, aguja que le clava el corazón, humedad del día que le empaña los muslos, sopor de la noche que le nubla el alma, treinta días de espera y la sangre no baja. Serena, mulata clara casi blanca, escozor en las entrañas, quemadura en los senos, mediodía de domingo que la marchita toda, temblor en el vientre que la languidece completa, Serena del Carmen Aguiar, muñeca de trapo que camina con la barriga rota. Mulata clara clara, casi blanca, palidez de muerte, maleta de cartón, tres novelas de amor y espejito de pasta, pintalabios rosado y un vestido de domingo, uniforme azul y blanco y un par de zapatos de charol, Serena, inventario final, seis cartas de Delfín y una foto dedicada, Serena, serenísima, mulata pálida casi blanca, blancura de muerte, transparencia de muerte, velorio de sala y lágrimas de abuela, café y galletas con pasta de guayaba, tristeza del río que se lleva los barcos.

**Nota:** “La vigilia” hace parte del libro de cuentos de la autora, *A puerta cerrada*. Ha sido también incluido en la antología de relatos *Veinte asedios al amor y a la muerte* y en su traducción al inglés, en la colección *Cruel Fictions, Cruel Realities. Short Stories by Latin American Women Writers*.

### **Clara Eugenia Ronderos**

Es doctora en Literatura y Lingüística Hispánica de University of Massachusetts, Amherst y egresada de la Universidad de los Andes donde realizó estudios de pregrado en Filosofía y Letras. Es cuentista, poeta y crítica, especializada en escritura femenina y poesía. En 2010 recibió el premio Carmen Conde (Madrid) y el premio Victoria Urbano otorgado por la Asociación Internacional de Literatura y Cultura Femenina Hispánica (AILCFH). Sus publicaciones incluyen artículos, cuentos y poemas en revistas especializadas. Algunas de las más recientes son “Una mañana de éstas” *Letras Femeninas* (2009); “Círculo de Fuego” *Ellas también cuentan*. Finalista del Premio Ana María Matute Editorial Torremozas (2010); el volumen premiado *Estaciones en Exilio*. Madrid: Editorial Torremozas (2010) y el volumen de poemas *Raíz del Silencio* (2012). Bogotá: Editorial Uniandes. Su artículo más reciente fue publicado en la revista de Colombianistas bajo el título: “Ética y literatura: los rostros de la patria en la poesía de María Mercedes Carranza” (Abril 2011). Ronderos se desempeña actualmente como profesora de literatura e idiomas en Lesley University en Cambridge Massachusetts.

### **Dar de comer al hambriento**

1

Me aferro al diccionario,  
ambiciosa de palabras,  
sus pastas duras en mi mano

un recipiente lleno para mi sed.

Hay tantas allí apretadas  
que yo quisiera liberarlas  
y en una larga diatriba  
dejar que volaran  
formando figuras al azar.

En un día como éste,  
gris de sabana y estudio,  
el diccionario es fuente,  
cárcel, deposito  
de alhajas y reliquias,  
cueva de Alí Baba  
que yo con trucos  
quiero, avariciosa,  
poseer hasta la saciedad.

2

Si me dejan la aislada soledad,  
si me permiten silencios sin llamados  
al deber,  
si me olvidan en este cuarto cerrado  
y mi voz no tiene ya que perderse  
en instrucciones, o respuestas,  
podré quizás encontrar el regreso,  
la senda tranquila  
de mi voz,  
ahora en vilo, en tanto  
que se estira el día  
en nulidad de oficios,  
en contingencias,

en cotidianos quehaceres,  
sin cuartel.

3

Me pongo a hacer poemas  
como quien hace galletitas  
con nuez  
y les pone un corazón profundo  
de mermelada.  
Quiero que se cocinen  
bien y saborearlas sola  
primero y luego  
sacarlas a vender  
para que a otros  
les endulce la tarde  
como a mí.  
En una caja de latón  
las guardo hasta ese día  
para que frescas y sabrosas  
lleguen hasta la boca  
que no las preparó,  
pero que pronto  
las hará suyas,  
parte de su goloso organismo  
de su energía y su calor.

**Más allá del regreso**

Resucito apenas ahora de largas muertes  
hundida como estaba  
al tenor de montañas  
con sus cimas azules,  
de redondos monarcas  
caprichosos que cambian  
la forma y el color con el pasar del viento.

Como de una noche eterna  
y de un sueño profundo  
llego a esta tierra plana  
sin naranjas oscuras.  
Aquí ya no naufrago,  
al menos unos días,  
frutos, flores, verdura  
pegajosos perviven  
en esta vestimenta  
ante excesos  
de hielo,  
de soledades,  
de rígidas penumbras.

Ahora no me muero.

Lucho con el oxígeno  
abundancia que agobia,  
con las cajas y frascos  
que contienen la vida,  
lucho  
medio despierta,

con las manos abiertas  
a la mediocre luz  
de estas tardes  
que apenas, de nuevo  
comienzo a comprender.